

ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ

Descenso de Alcestes



Edición: Javier L. Mora

© Logotipo de la editorial: Umberto Peña

© Ilustración de cubierta: *La Gioconda (ópera)*, de Joel Jover
Acrílico sobre lienzo, 1997

© Roberto Méndez Martínez, 2024

Sobre la presente edición: © Casa Vacía, 2024

www.editorialcasavacia.com

casaracial16@gmail.com

Richmond, Virginia

Impreso en USA

ISBN: 9798335319737

© Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones que establece la ley, queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del autor o de la editorial, la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias o distribución en Internet.

A la memoria de mi padre

Hacia el bosque sagrado

*...yo suavemente invoco
el poder de quien reina en la profundidad del Hades y de la Noche.*

Himnos órficos

INSTRUCCIONES AL ELEGIDO

Después de ayunar tantas jornadas
hasta que tu nombre no sea más importante
que el crujido del polvo bajo los pies,
ponte en camino.

No lleves morral, ni memorias, ni espada.
Simplemente entra en el bosque
como otros tantos han hecho antes de ti,
no escuches el rumor hostil que roe los troncos,
ni el llamado de las aves sobre tu cabeza.

La mancha púrpura en las hojas
te dirá que llegas en la estación oportuna.
Reconocerás al árbol sin necesidad de un sueño.

Para ti ha crecido esa rama. Cántala.

Te esperan en el umbral del templo.

No derroches tu tiempo en rituales ni discursos,
ese hombre, súbitamente fatigado,
sabe que contigo llegó su hora
y va a combatir con pánico, sí,
pero sin demasiada furia.

Todavía no habrá oscurecido cuando venzas.

No dediques ni un instante al derrotado.

Te aguardan los secretos que ni siquiera intuiste.
Recorre las estancias,
aspira el aroma del reino.

La rama que te dio la victoria
va a trocarse en bastón,
cada vez con más oro, cada vez más pesado.

Rey, sacerdote de ti mismo,
apenas esos muros pueden contenerte,
el bosque canta tus alabanzas.

Cada tarde, antes de pronunciar los conjuros
que tú mismo inventaste para conciliar el sueño,
contempla el camino.

Falta mucho para que tu año se cumpla,
para que alguien, impelido por una voz remota,
comience a descifrar tus pasos.

Aún la luna no muestra
a ese que viene, listo para disfrutar
al borde de las sombras su victoria.

Todavía esta jornada te pertenece,
no la agotes con zozobras ni lamentos,
también tú fuiste una vez el elegido
y no pensaste en la mínima porción de muerte
que requería tu triunfo.

Ten, eso sí, encendido el fuego,
despejado el umbral, impoluta la túnica,
cumple tus deberes hasta el último instante,
así lo ha reclamado siempre la Diosa,
arisca como los cervatillos que le consagras,
inclemente como esas estrellas
que iluminan una ruta por la que nadie ha retornado.

DANZA DE PERSÉFONE

Elegir luz o sombra, difícil tránsito.
Dejar por una flor el pórtico ceniciente,
poner en riesgo la inocencia y sumergirla.
¿Cómo colocaste el primer pie
en el mundo del esposo?
Allá el broche, acá el manto,
luego las cintas, en fin,
tú por el desfiladero,
con la flor aún en la mano diestra.
Alguna música debió acompañar
ese paso a lo que no sabías,
el viento a tus espaldas
listo para dar fin a la primavera en el mundo
y hacia delante las cuerdas de la sombra.
Dormida o vigilante, siempre fuera de ti,
los brazos tanteando el nuevo reino
mientras él maduraba el fruto a ofrecerte.
Entre las aguas y los árboles sellados por la niebla
ibas danzando hasta la carne otoñal de la granada.
Bastaba con un grano para que el príncipe
hiciera alzar las antorchas y tomaste tres.

Absorta vas,
cada vez más adentro en lo oscuro,
hasta el fondo del reino que comienza a pertenecerte.

CABEZA DE ORFEO

La cabeza del poeta está sobre las rodillas del tiempo. La muchacha repasa la faz exangüe. Poco ha cambiado su muerte en torno: dispersos los miembros, por el suelo los restos del banquete. Sobre unas rocas los hombres golpean el caparazón de las tortugas, necesitan forjar otras liras, sin miramientos, sin alma. Toda desesperación está prohibida. ¿Alguien aprendió sus cantos? ¿Alguien se acuerda cuándo apartó las últimas ramas y comenzó su descenso a las cavernas? Aristeo vive en la feliz inconsciencia del que persigue un cuerpo ajeno, ninguna sombra viene a sobresaltar sus siestas. Viven las bacantes, cada una entregada a su oficio, nada recuerdan de los días del furor sagrado. Lo que se consuma en las fiestas, en ellas queda. Las malezas cubren el sepulcro de Eurídice. ¿Quién dice que ella retornó, aunque fuera un instante, imagen ganada a medias por el poeta? El alba es engañosa, también el canto. Nadie derrama libaciones o endechas ante esa tumba. Y Orfeo... es solo un muerto, un ausente. Todo el que quiebranta un orden debe morir. Tocó límites, mezcló

la compasión y la música, sacó del olvido a quien ya no tenía nombre, conmovió a los dioses oscuros y a las bestias. ¿Por qué los hombres tendrían que comprenderle? Podría decirse que sus saberes eran hostiles a esta tierra: quiso cambiar las estaciones, domeñar con las cuerdas lo que era tributario de la costumbre o del caos. Mientras anduvo mendicante, oculto, sucios el rostro y los talones, procurando pulir su alma, fue grato a los simples y a los ociosos, mas cuando quiso negar la sal y el fuego a los nuevos cultos, proscribir la embriaguez, entregar la faz sin máscaras al sol triunfante, entonces, las mismas que aprendían de memoria sus yambos, lo destrozaron y comieron sus partes como si fueran las de un cervatillo. Roto con furia, desmembrado con fruición, comido entre hipos y toscas alabanzas, se le incorporó como quien liquida un orden, un mundo. La cítara no pudo salvarle. ¿Quién recordará ahora sus cantos? En los días posteriores dicen que sus versos eran ásperos y sus melodías discordantes semejaban el ruido que nace de las entrañas de la tierra. Ya no tenía discípulos, ni medida humana, sus más simples palabras herían los oídos. Era burdo, insistente, oscuro. Como se había contaminado del abismo y la exhalación de los muertos debía necesariamente morir. ¿A quién hizo bien? La muchacha procura ordenar los cabellos, acomodar otra vez el cuello cercenado sobre las cuerdas, en otro tiempo tan elocuentes. Pero el silencio se prende tercamente

al paisaje. No hay ocasión ni sitio para él en estos páramos. Todo se ha extinguido. Los hombres entre las rocas siguen golpeando a las tortugas, su silenciosa muerte alimentará los instrumentos musicales que mañana van a llevarse los mercaderes de Fenicia.

DEL JEFE DE LA CLAQUE A LA DANZARINA FAUSTA

Divina, esta es la última noche
que aclamaremos tu espectáculo.
Tanto tiempo nos ha hecho descubrir
hasta el más nimio secreto de tus danzas:
sabemos que tus tobillos vacilan,
tus cabriolas son puro riesgo,
mal pueden tus brazos gesticulantes
conjurar catástrofe alguna y tus máscaras
son la muestra mejor del desencanto.
Quienes te aplauden hoy
solo honran la memoria de días más jubilosos.
Los velos caen, las estatuas envejecen,
es hora de tomar el manto, silenciar las flautas
y marcharse sin estruendo antes del día.
No intentes, señora, exigirnos cosa alguna:
a cambio de tus parcas monedas,
te regalamos la sonrisa, el entusiasmo, el triunfo,
fuimos fieles hasta la misma locura,
ahora estamos cansados, acéptalo,
somos, como tú, mortales y sensibles al hastío.

Sacrifica por última vez a los dioses,
agradéceles la juventud,
el esplendor que alguna vez te concedieron
y apaga las antorchas... prométete el olvido,
será lo más sensato.

ÍNDICE

HACIA EL BOSQUE SAGRADO

- Instrucciones al elegido / 11
- Danza de Perséfone / 13
- Cabeza de Orfeo / 15
- Del jefe de la claque a la danzarina Fausta / 18
- Sobre las rocas / 20
- Alcestes —jirones de una tragedia— / 22
- Bacantes / 39

CUARTETO DEL APOCALIPSIS

- Escucha, los instrumentos están levantándose... / 43*
- 1 / 44
- 2 / 46
- 3 / 48
- 4 / 50
- 5 / 52
- 6 / 54
- 7 / 56
- Al menos por un instante... / 59*

AZUL SOBRE AMARILLO

- Mozart en el subterráneo / 63
Cafetera en azul / 65
Como el minotauro / 67
Lied / 69
En el balcón / 71
Una rosa de Francia / 72
Cabellos, lágrimas, rostro / 74
Pobre es el parque... / 75
Helado de mamey / 77
Postal de cumpleaños con patinadores / 78
Paisaje con remeras / 80
Ofrenda / 82
Parque con el David / 83
Mira las auras sobre San Francisco... / 84
El azúcar candé formaba grandes cristales / 85
Del sabor / 86
Insomnio / 89
Fantasmas, otras músicas / 91
Cosas que mi madre me enseñó / 93
Escuchando *La reina de Chipre* de Espadero / 95

SUPERSTITES

- Duodécima noche / 101
Raspar / 103
Humo / 104
Vendedor de pájaros / 106
El mar guarda las cenizas
de Verónica Spásskaya / 108

- Blanco / 110
Sillas / 114
Tránsito del padre como Elías / 117
Superstites / 120

CUADERNILLO ROMANO

- 1 / 125
2 / 127
3 / 129
4 / 131
5 / 133
6 / 135
7 / 138

CASA DE HOMBRES SOLOS

- Las estatuas de la calle Obispo / 143
Con una locomotora roja / 145
En torno al árbol / 148
Con una maza / 150
Los borrachos traían el carro... / 152
De hombres solos / 153
Molote / 154
The Man I Love (45 rpm) / 156
Clavelito visita el edificio Sánchez
según un viejo recorte de *E/Camagüeyano* / 159
Roberto Friol, vuelto hacia la pared,
habla en inglés / 163
Los días del pan / 166